

Sobre la diversidad

Antonio Jiménez Millán

Poeta y catedrático de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Granada, autor de libros fundamentales en este ámbito como *Rubén Darío y la moral estética*, *Las rosas artificiales* o *El impuro amor de las ciudades*, Álvaro Salvador ya publicó en 1998 una *Muestra de poesía hispanoamericana actual* en la colección granadina «Maillot Amarillo». *La piel del jaguar* ofrece una nueva selección de poetas hispanoamericanos nacidos entre 1941 y 1966; según sus propias palabras, el antólogo «ha procurado tener en cuenta valores de orden histórico y crítico que puedan contribuir a la mejor orientación de un número amplio de lectores, especializados o no. Entre estos criterios especializados ha prevalecido por una parte la voluntad de informar (dar a conocer poetas no difundidos suficientemente en España) y por otra la de respetar la repercusión obtenida por alguno de estos autores en sus propios países.»

El estudio que precede a los textos de los veinticinco poetas escogidos traza un itinerario desde un fin de siglo a otro, desde la consolidación de la modernidad estética bajo la influencia de Rubén Darío y su «resacralización profana» hasta la diversidad actual, que puede ajustarse a un horizonte posmoderno. Dos grandes líneas estéticas representadas por Octavio Paz (la *tradición de la ruptura*) y Jorge Luis Borges (la *tradición de las tradiciones*) configuran el panorama de la poesía hispanoamericana surgida en las tres últimas décadas, aunque no son tendencias excluyentes: las aspiraciones revolucionarias y las utopías sociales

La piel del jaguar. 25 poetas hispanoamericanos ante un nuevo siglo. Edición de Álvaro Salvador, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2006.

de los años sesenta y setenta dieron lugar a una paradójica coincidencia señalada por Álvaro Salvador: «Se dio así el caso curioso de que, a pesar de las distancias estéticas, convivieron dentro de los mismos planteamientos utópico-revolucionarios, dos maneras poéticas cuya razón de ser nació del «puro» enfrentamiento: la estética neovanguardista y la llamada poesía conversacional.» En este sentido, las expectativas que generó la revolución cubana aproximaron los intentos de renovación poética y el activismo político, dos dimensiones muy presentes en la obra de Mario Benedetti, Juan Gelman o Ernesto Cardenal y en la de autores más jóvenes que siguieron su estela, desde los cubanos de *El Caimán Barbudo* (Raúl Rivero, Luis Rogelio Noguerras, Guillermo Rodríguez Rivera) o *Los Nuevos*, en Perú (Antonio Cisneros, Rodolfo Hinostroza), hasta José Emilio Pacheco en México, Óscar Hahn y Raúl Zurita en Chile...

Los rasgos que definen la línea estética marcada por la influencia de Octavio Paz son prácticamente los mismos que podía atribuirse la llamada «generación del 68» en España: experimentalismo, desconfianza ante el lenguaje como medio expresivo y de conocimiento, desacralización de la literatura, mezcla de géneros literarios, creciente influencia de los medios de comunicación de masas, discontinuidad del sujeto poético, tendencia a la escritura fragmentaria. En la década de los setenta, esta línea se decanta hacia una poética esencialista acorde con la evolución del autor de *Los signos en rotación*; Octavio Paz fundó en 1976 la revista *Vuelta*, que consolidó aún más su protagonismo en las letras mexicanas. Pero en esa misma década se intensifican las contradicciones entre el «estado de sitio» impuesto por las dictaduras militares, el creciente desarrollismo económico y la necesidad de buscar nuevos modos expresivos. Después de que muchos autores tuvieran que exiliarse para sobrevivir, el enfoque de las respectivas tradiciones iba a variar mucho según los países; en Argentina, por ejemplo, tras el paréntesis traumático que va desde 1976 a 1983, cualquier intento de enlace con la tradición se consideraba como «una caída en el reaccionarismo», algo que no ocurrió en Colombia—según Ramón Cote, allí nunca arraigó la «tradición de la ruptura»—, ni en México ni en Venezuela.

A principios de los ochenta surge en Venezuela una poesía que se define como «coloquial, urbana y desmitificadora», dispuesta a establecer un diálogo con la realidad cotidiana de los lectores; en este diálogo se inserta igualmente buena parte de la poesía chilena actual, con la inexcusable referencia de Nicanor Parra e incluso de Jorge Teiller, que contribuyeron a desacralizar la escritura poética recuperando los aspectos más *modernizadores* de la vanguardia. Señala Álvaro Salvador que Nicanor Parra «abre un espacio que podríamos definir como auténticamente posmoderno, ya que desde él se revisita la tradición con ironía, reflexión y diálogo en todas sus derivaciones» y que su magisterio está muy presente en autores como Omar Lara, Javier Campos, José María Memet, Raúl Zurita o Teresa Calderón.

Hablamos, pues, de un panorama en el que prevalece la diversidad de tonos y recursos. Junto a la precisión epigramática del venezolano Javier Lasarte («Lo que hace al amor/ diferente de todo/ es lo que hace al amor/ imposible del todo») se sitúa la actualización de los clásicos que realiza el peruano Eduardo Chirinos, cuyos poemas incorporan sabiamente la lengua coloquial: este último aspecto es fundamental en la obra de muchos poetas hispanoamericanos actuales, desde el venezolano Rafael Arráiz Lucca (ya en su libro *Almacén*, 1988) hasta el cubano Waldo Leyva (llama la atención el «Monólogo del emigrante», del libro inédito *Agradezco la noche*). Y, sobre todo, lo es en dos autores que a mí me han interesado especialmente (puede que funcione la sintonía de la edad): el mexicano Fabio Morábito y el argentino Jorge Fondebrider. Este último es el autor del poema «Epopeyas», buen ejemplo de figuración irónica proyectada hacia la historia de la literatura: «Todo el día traduciendo/ la historia de una guerra legendaria/ que en realidad fue sólo un robo de gallinas/ y la reacción brutal de reyes toscos/ que la repetición transforma en héroes de epopeya.// A la noche, un amigo, que es poeta/ me habla de un zaguero talentoso./ –Un jugador fantástico– me dice./ Fantástico no era./ Los bardos exageran.»

También se advierte una marcada presencia de elementos culturalistas en determinados poemas: «Llanto de Marcel Proust»,

del peruano Marco Martos, «Königsberg» y «El pintor y su musa», de los argentinos Santiago Silvestre y Daniel Samoilovich, o las casidas del mexicano Vicente Quitarte («Casida de la noche lusitana», «Casida de la negligente primavera»).

Otros poetas expresan claramente la denuncia política. Así ocurre en los poemas de Martín Espada (traducidos del inglés: él nació en Nueva York y, desde el punto de vista lingüístico, es la única excepción de la antología), entre los que podemos recordar el dedicado a Víctor Jara, «Si sólo Víctor: julio 2004», o el magnífico «El general Pinochet en la librería». Y, de un modo distinto, en los de la nicaragüense Gioconda Belli, que suele asociar un erotismo directo y sugerente con la reivindicación de signo feminista (es una constante en libros como *Apogeo* y *Mi íntima multitud*, reconocido en España con el premio «Generación del 27»).

En los últimos diez años, la mayor apertura de las editoriales españolas a los poetas hispanoamericanos ha contribuido a recuperar una comunicación que se interrumpió durante las últimas décadas del siglo XX. A esta voluntad de conocimiento se suma *La piel del jaguar*. Concluye el antólogo que, igual que en España, «hoy en día se observa en Hispanoamérica *una poética de espacios en formación* en la que *el poema admite todas las posibilidades*». Indudablemente, el lector tiene donde escoger. ©